

igualmente al linaje humano. De este modo no temerás á este verdugo; antes bien, haciéndote digno de participar de la suerte de tus hermanos, abrazarás gustoso la muerte, para que así en el tiempo de la misericordia, te recobre yo en el cielo, junto con tus hermanos. »

«Yo no obedezco al mandato del Rey, respondió el joven, si no al precepto de la Ley que nos fué dada por Moisés. Mas tú ¡oh tirano! que eres el autor de todos los males de los hebreos, tén entendido que no evitarás el castigo de Dios. Porque nosotros padecemos esto por nuestros pecados, y si el Señor, nuestro Dios, se ha irritado por un breve tiempo contra nosotros, á fin de corregirnos y enmendarnos, él emperoverá á reconciliarse otra vez con sus siervos. Pero tú, oh malvado, y el más abonible de todos los hombres, no te lisonjees inútilmente con vanas esperanzas, inflamado en cólera contra los siervos de Dios; pues aun no has escapado del juicio del Dios Todopoderoso, que lo está viendo todo. »

Así, así podemos nosotros decir á esos hombres inmorales y faltos de reflexión que al ver padecer al justo y prosperar al impío se persuaden que nada hay que temer, y que Dios se ha olvidado del hombre que crió á su imagen y semejanza. Temerarios: les responden los verdaderos cristianos amantes de su ley, nosotros padecemos esto por nuestros pecados, pero no creáis que vuestros crímenes quedarán sin castigo. ¡Ojalá que en mi auditorio no haya á quien esta amenaza pueda comprender! ¡Ojalá que todos los que aquí estamos reunidos clamemos como los Macabeos en sus tribulaciones; justamente padecemos esto por nuestros pecados; el Señor nos castiga para corregirnos y enmendarnos. ¡Bendita sea por siempre su infinita misericordia! ¡Qué no haya entre nosotros, mis amados, ningun impío á quien como á Antiocho se le pueda decir; ó malvado: no te lisonjees en tus iniquidades, pues tienes que comparecer cuando menos pienses en el tribunal de Dios, y sufrir los rigores de su infinita justicia! Pidamos perdón al Señor de nuestros pecados, valiéndonos para mejor conseguirle de la mediación poderosísima de nuestra Reina y Madre María Santísima; formemos un propósito firme de la enmienda, contando siempre con la gracia de Dios, que no nos la negará, si verdaderamente contritos se la pedimos. Hagamos una verdadera confesión, y de este modo cumpliendo con lo que el Señor nos manda, daremos el último suspiro en gracia suya, y le acompañaremos por siglos eternos en la hermosa mansión de la gloria. Amen.

PLATICA V.

MISERICORDIA DE DIOS.

Misericordia tua, Domine, plena est terra: justificationes tuas doce me.
Psalmo XVIII, v. LXIV.

CRISTIANOS: si una fatal esperiencia no nos demostrára hasta donde llega el abandono de la mayor parte de los hombres, se nos haria increíble. Pero es lo cierto por desgracia que son muy pocos los que prestando dóciles oídos á la voz de la naturaleza y de la religion viven como deben vivir. Quien hay, que cifrando su felicidad en la posesion de los bienes terrenos solo se ocupa en su aumento, sin atender siquiera á si los medios de que se vale son ó no licitos: quien, fijando su atencion preferente en la sensualidad, no piensa en otra cosa que en saciar su vergonzosa pasion, mas que haya que atropellar los respetos mas sagrados: quien, resentido de una ofensa que de otro ha creído recibir, no se ocupa sino de proporcionarse ocasiones en que vengarse: y quien, finalmente, por acallar el gemido de su conciencia ridiculiza la religion que adoramos en vez de

amarla y reconocerla como medio único de salvacion. Que tal hicieran los salvajes é idólatras, malo fuera; pero que obren del indicado modo los que han recibido el santo Bautismo, los que con frecuencia han entrado en la casa del Señor, los que muchas veces se han sentado á su mesa y comido el manjar del cielo; solo puede esplicarse suponiendo en ellos gran desconfianza de la misericordia de Dios que creen ya agotada, ó al menos insuficiente para poderlos perdonar la multitud de sus pecados, y de aquí el precipitarse de abismo en abismo hasta hacerse insensibles á los golpes repetidos y variados de la gracia, muriendo por último desesperados. Tales son, mis amados, los principios, medios, y término de la generalidad de los pecadores. Comienzan por olvidarse de Dios, se entregan á la satisfaccion de sus pasiones, se hacen esclavos de ellas y concluyen por negar á Dios su misericordia. ¡Error terrible! ¡Error lamentable! que á tantos y tantos ha conducido al infierno: ¡Cómo engaña el demonio á los que le prestan oídos! ¡Cómo seduce la carne á los que fijan su vista en sus apariencias! ¡Cómo se burla el mundo de sus apasionados!

¿Con que Dios no es misericordioso? ¿Pues quién mas que él? ¿Qué padre ni que madre podrán comparar el amor que á sus hijos tengan, con el que Dios á nosotros nos tiene? Para que vosotros, mis amados, podais formar una idea de cuán errados son los juicios de los que al ver ó considerar sus muchos y grandes pecados, se persuaden que aunque se arrepintieran, Dios no les perdonaria, he resuelto patentizaros que no hay pecados que Dios no pueda perdonar, ni número de ellos que pueda no esceder, sino ni aun igualar hasta donde llega su misericordia divina: mas claro; por muchos y grandes que sean los pecados de los hombres es mayor infinitamente la misericordia de Dios para perdonarlos siempre que contritos le pidamos perdon de ellos. Ya veis que el asunto no puede ser mas interesante. Estad atentos.

Que Dios sea misericordioso en grado infinito, es tan claro que cualquiera que tendamos la vista y fijemos nuestra atencion, hallamos pruebas inequívocas de esta eterna verdad. ¿Qué fin puede haberse propuesto Dios al criar los cielos y la tierra? ¿Por ventura necesita Él de estas cosas para ser completamente dichoso? No: de ninguna manera. ¿Será para que las aves en el aire, los peces en las aguas, y las bestias en el campo gocen á su modo de los elementos? Tampoco: porque destituidas de razon no saben á quien agradecer este beneficio, ni son capaces de dar signos de reconocimiento, y es preciso convenir en que Dios infinitamente sabio crió á todos estos seres con un

objeto grandioso digno de Él: pues bien; este objeto, este fin no puede ser otro que el de querer ser reconocido por grande y poderoso, sabio y misericordioso, pródigo, justo y de perfecciones infinitas. Y de cuantos animales habitan sobre la tierra: ¿quién sino el hombre que es el único racional que sobre la tierra hay, podrá reconocer todas estas perfecciones del Criador, y en virtud de este conocimiento honrarle, bendecirle, y alabarle? Luego para el hombre y por el hombre han sido criadas estas cosas por Dios. ¿Y no son estas buenas pruebas del amor que Dios nos tiene? Sí por cierto.

Quiere que le amemos, porque Él nos ama; quiere que le alabemos, porque es perfectísimo; quiere que nos manifestemos agradecidos, porque sin necesitar para nada de nosotros, nos ha llenado de beneficios; quiere mas, quiere que observemos fielmente su suavísima ley en este mundo, para reconocernos por hijos suyos y que reinemos con Él en la gloria por toda la eternidad exentos de todo dolor y fastidio, y colmados á la vez de bienes y goces tan grandes, que jamás el ojo del hombre vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano con ser tan insaciable acertó jamás ni acertará nunca á figurarse ni á ansiar cosa tan buena. Que esto sea así, esto es, que toda la naturaleza invite sin cesar al hombre á amar al Criador, solo podrá ponerlo en duda el estúpido que envidie la suerte de los caballos silvestres solo porque corren por donde quieren y mueren para siempre sin tener que dar cuenta de su vida.

No os sorprendais de esto que os digo, mis amados; por duro y repugnante que os sea, creed que se dan muchos hombres afrenta y mengua, en verdad, de la especie humana, que si bien están contentos con las formas del cuerpo, no así por lo que hace al alma que quisieran fuera material ó al menos como la de los brutos que con los cuerpos acaba, y el pensar y discurrir así, no es porque están convencidos que la materia pueda conocer, y raciocinar, ni porque se persuadan realmente que de los brutos á nosotros no haya diferencia; nada de eso: saben como los demas que ni somos brutos, ni la materia por mas que modificársela se quiera, es capaz de pensamientos ni deseos; sino que se producen del modo indicado únicamente para desahogar la rabia que tienen por tener que vivir con arreglo á la divina ley, lo que ellos no quieren hacer, y de no hacerlo así, tienen que ser atormentados terriblemente y para siempre, y esto los horripila. Puestos, pues, en la alternativa de obrar conforme ó en contra de ley suprema de Dios, se deciden á obrar en contra, por cuanto de este modo dando rienda á sus pasiones gozan á su libertad de cuanto se los proporciona ó viene á las manos; esto les es muy grato, mas como á tal proceder libre y desenfrenado está aneja la condenacion eterna de

la que quisieran librarse, dan en negar á Dios sus atributos, á nuestra alma la inmortalidad y por consiguiente la otra vida, quedando el hombre que es verdadero rey de este mundo, por donacion que Dios le hizo, confundido segun los impíos, con el resto de los demas animales. He aquí, cristianos, el porqué de los discursos de aquellos que tanto elaman contra la verdad de la otra vida, y la inmortalidad del alma. Si se les ofreciera ser eternamente dichosos, viviendo aquí como quisieran, no habria uno que pusiera siquiera en duda la espiritualidad é inmortalidad de nuestra alma, pero como para ser dichosos siempre, es preciso vivir, no como cada uno quiera, sino como todos estamos obligados, porque á todos nos estrecha una misma ley, de aquí, y solo de aquí, de la repugnancia que tienen á la virtud y apego al vicio, emanan esos discursos bárbaros que á veces pronuncian algunos que se tienen por discretos, pero que en realidad de verdad son mas ignorantes que los salvajes.

Ignorantes sí; porque prescinden de lo cierto y abrazan lo falso. Ignorantes; porque corren tras las sombras y no cuidan de la realidad. ¡Miserables! se les podrá decir: ¿Qué quereis? ¿Que buscais? ¿Deseais ser felices? ¿Quereis gozar de placeres? Pues buscadlos en donde únicamente los hay, y conseguireis vuestro objeto. En la casa del pobre; ¿qué riquezas vais á hallar? Ninguna; porque si riquezas tuviera, no seria pobre. ¿Y quién mas pobre que el mundo? ¿Quien mas falaz, y miserable que él? Nadie: observemos su conducta para con nosotros, examinemos detenidamente sus tan ponderados bienes, y os convencereis de la verdad enunciada. Comencemos por el oro y lo demas, malamente llamado bienes de fortuna. ¿Que es todo esto? En último análisis, polvo, y solo polvo. ¿Y para esto afanarse tanto olvidando lo principal? Cambiar una felicidad completísima y eterna por solo polvo. ¿No es una necesidad? Me direis que polvo ó no polvo, es lo cierto, que quien muchas riquezas tiene, lo pasa bien, mientras que el que de ellas carece, lo pasa mal. ¡He aquí, mis amados, el mas lamentable error, verdadera causa de desgracias sin cuento! ¿Quién os ha dicho que el rico lo pasa bien, y el pobre lo pasa mal? Observad por un momento el interior de uno y otro manifestado por sus obras, y conoceréis el engaño. Vereis al rico siempre inquieto formando proyectos para aumentar sus riquezas, sin jamas conseguir el lleno de sus deseos: mientras que observando al pobre, le vereis alegre y contento pidiendo á Dios humildemente le dé salud y en donde ganar lo necesario para con el fruto de su sudor cuidar de su familia; y mientras que de esto goza: ¿qué rico podrá comparar su bienestar, con el del pobre? Nadie; ninguno; porque el cuidado, el disgusto, la zozobra, y el afan son inherentes á los bienes que el mundo presta; en tanto que la

alegría, la confianza y tranquilidad son inseparables del pobre verdaderamente cristiano.

Digo verdaderamente cristiano, porque no es mi ánimo hacer el elogio de aquellos pobres soberbios que cuanto ven quisieran poseer aunque fuera á costa de crímenes. Poco favor me haria, quien tal en mí supusiera. Estos, ni aun mentarse deben, por cuanto sobre no ser pobres de espíritu, suelen ser semillero de culpados, que vienen por último á expiar sus delitos en los cadalsos despues de haber sido toda su vida el martillo y tormento de sus semejantes. Yo hablo de aquellos que contando con pocos medios de subsistir ponen su confianza en Dios y se aplican al trabajo, y de estos digo que su situacion es sin comparacion mas ventajosa y apreciable, generalmente hablando, que la de los ricos, por las razones indicadas, y en lo que me persuado convendreis conmigo. Veamos ahora la conducta que observa el mundo con los que tenemos por sus favoritos. ¡Qué de sudores! ¡Qué de humillaciones! ¡Qué de malos ratos para obtener y conservar los bienes indicados! ¿Y de que modo? ¿Y por cuanto tiempo? El modo, dicho está ya: con disgustos, sobresaltos y con esperanzas que nunca se realizan. El tiempo porque se los concede, sobre ser muy corto, es siempre incierto, y además cuando llega el caso de tenerlos que abandonar, nada queda al infeliz que se dejó engañar de sus apariencias; todo lo recoge con ansia para repartirlo entre otros que quiere tambien aprisionar ó detener en sus redes para despues quedarles como á su antecesor solo, frio, sin ropa, tierras, ni dinero y únicamente apto para servir por un poco tiempo de pasto á los gusanos. ¿Es esto, señores, lo que todos experimentamos? Sí por cierto; sin que nadie pueda dudar de esta verdad. ¿Y será posible que en mi auditorio haya quien despues de estas demostraciones, se deje arrastrar ó seducir de los atractivos mundanos? ¿Será posible que todavía se dé quien prefiera vivir á su antojo con inminente peligro de condenarse para siempre, á tener una vida arreglada segun que reclama la ley suavísima de nuestro Dios, para despues coronarnos de gloria? ¡Ay Dios mio! dirán acaso algunos. ¡Ya es tarde para mí! Estoy lleno de iniquidades, y Dios ya no me querrá penderar! ¡He tenido una vida relajada en todos conceptos! No me he acordado de Dios para alabarle, sino para burlarme de él y de su ley. ¿Cómo es posible que me perdone?

Pecador, que tal dices: escúchame. Dime, ¡Si la voluntad de Dios fuera castigarte; si complacencia tuviera en vengarse de tí, habiéndole ofendido tanto como tú mismo confiesas, y estando como está, tu vida pendiente de su mano, ¿no te hubiera ya arrojado á los infiernos? Sí por cierto: no lo ha hecho; luego no quiere tu perdicion sino que te convier-

tas y vivas. Conviértete, pues, al Señor con todas las veras de tu corazón, aborrece todos tus pecados, pide á Dios perdon de ellos, y aunque escandan en número á las estrellas del cielo, y á las arenas del mar, poderoso es el Señor y llena está la tierra de rasgos de su misericordia infinita, y no dudes que te perdonará. «Oye lo que el mismo Dios dice en la Sagrada Escritura.» Si los hijos de tu pueblo, habla Salomon (1) pecaren contra tí «pues no hay hombre que no peque» y enojado tú contra ellos, los entregares en manos de los enemigos, y en el país adónde fueren llevados cautivos, se convirtieren de corazón é hicieren penitencia y en la tierra de su cautiverio te pidieren perdon, diciendo: Pecamos: hemos procedido inicualemente: injustamente hemos obrado y convertidos á tí de todo corazón y con toda su alma: te adoraren: tú oirás desde el cielo, desde esa firmísima morada, sus súplicas y perdonarás á tu pueblo aunque pecador.» En el cap. 2 del Eclesiástico (2) se nos dice: Los que temeis al Señor, creed, ó confiad en él, pues no se malogrará vuestro galardón: su misericordia vendrá á consolaros. En el cap. 17 del mismo (3) se nos dice también. «A los que se arrepienten, les concede el Señor volver á la senda de la justicia y les dá fuerzas, cuando les faltan para ir adelante. Conviértete, pues, al Señor, y abandona tus vicios... vuelve las espaldas á tu iniquidad y aborrece enteramente todo lo que es abominable á Dios... ¡O cuán grande es la misericordia del Señor, y cuánta su clemencia para con los que á él se convierten! Hijo (4), ¿has pecado? pues no vuelvas á pecar mas: antes bien, haz oracion á Dios por las culpas pasadas, á fin de que te sean perdonadas. Convertios, pues, á mí (5) pueblos todos de la tierra y seréis salvos: pues que yo soy Dios, y no hay otro que lo sea. Jurado he por mí mismo; ha salido de mi boca una palabra justísima, y no será revocada. Si te vuelves á mí (6) y dejas esa desconfianza en que estás, yo te mudaré, y estarás firme y animoso ante mi presencia: y si sabes separar lo precioso de lo vil, esto es, mis promesas, de las amenazas y desprecios de los hombres, tú serás entonces como otra boca mia, por la firmeza con que hablarás. En los hechos de los Apóstoles al cap. 3 se lee. Haced, pues, penitencia y convertios, á fin de que se borren vuestros pecados. En Isaías se lee además (7). Por esto dá largas el Señor para poder

(1) En el cap. 6, v. XXXVI y los siguientes, del lib. 2.º de los Paralipómenos.

(2) V. VII y IX.

(3) IV, XX y siguientes.

(4) Ibid., cap. 21, v. 1.

(5) Isaías, cap. 45, v. XXII y XXIII.

(6) Jeremias., cap. 15, v. IX.

(7) Cap. 50, v. XVIII.

usar de misericordia con vosotros, y ensalzar su gloria con perdonaros, porque el Señor es justo: bienaventurados todos los que esperan en él. Abandone el impío (1) su camino y el inícuo sus designios, y conviértase al Señor, el cual se apiadará de él, y á nuestro Dios, que es generosísimo en perdonar. En el cap. 13 de Tobias, v. VIII, se nos dice espresamente. «Convertios, pues, ó pecadores, y sed justos delante del Señor, y creed que usará con vosotros de su misericordia.» Interminable me haria, cristianos, si me propusiera aducir los lugares de la Sagrada Escritura en que consta cuán bueno y misericordioso es el Señor y cuán dispuesto está para perdonar al pecador que de veras se convierte á él. Los citados me parecen suficientes para que quedeis persuadidos de la verdad que os ofrecí demostrar.

Si, mis amados en el Señor, convirtámonos de todo corazón á nuestro Dios, pidamóse perdon de nuestros pecados con firme propósito de la enmienda, sea esto cuanto antes, porque no tenemos un momento seguro; pongamos por intercesora de nuestros ruegos á la Reina del cielo María Santísima, y el Señor nos dará su gracia para así cumplirlo, y despues la gloria. Amen.

(1) Jeremias, cap. 55, v. VII.